

Derivas de la cannabis en la crisis de la modernidad

Pedro Musalem Nazar

– Palabras clave: *Cannabis, Medicina, Crisis de la modernidad* –

1

Los últimos años han visto una explosión del interés en torno a la cannabis: la comunidad científica, (ciencia básica y ensayos clínicos), la sociedad civil (asociaciones de pacientes y usuarios recreativos), agencias gubernamentales (en Canadá, en partes de USA), empresas privadas (Cannopy, Kayron, Auscan, tantas otras) operan una transfiguración de los significados con que la prohibición y la guerra contra las drogas marcaron a la cannabis, configurando un campo internacional de comercio, cultura y activismo político que, como un espectro en constante expansión, recorre los países de occidente, casi a la manera de una manifestación contra-cultural, un revival en clave de revancha de los años 60, revolución de las flores de cannabis que se revela, al mismo tiempo, completamente compatible con el consumo individualista de estilos de vida característicos de la modernidad líquida (ref. Bauman). Si nos atenemos meramente a los flujos de dinero, resulta inevitable evocar las “revoluciones naranjas”, creadas por el multimillonario George Soros (discípulo del positivista Popper), promotor de la globalización y del neoliberalismo, fundador de la Open Society, enemigo de toda institución tradicional y sólida en el sentido de Bauman, financista de cuanta iniciativa de promoción cannábica y psicodélica exista. En la misma línea de argumentos, cabe ver tal vez en la así llamada “cultura cannábica”, todavía otro de los espectros mesiánicos que recorren el cuerpo a medio dismantelar de un Occidente ideológicamente agotado, y carente de proyectos políticos alternativos. Un Occidente encandilado por una imaginación apocalíptica que, como ha observado Zizek, resulta más fácil imaginar el fin del mundo y el colapso planetario que, por ejemplo, un aumento del 3% en el PIB destinado a servicios de salud pública. En la ideología contemporánea la conciencia de la crisis ecológica se plasma en conductas individuales, en opciones de consumo y reciclaje, donde la cannabis también ocupa un lugar en cierto imaginario.

Así las cosas, el espectro emergente de la cannabis muy bien podría ser leído como una tentativa más de re-sintetizar utopías ahí donde reina la esterilidad: después de todo, por historia y antropología (India y Magreb, Jamaica también), la cannabis se asocia con culturas campesinas y ligadas a la actividad agrícola, al trabajo manual y a los trances místicos y musicales, encajando perfectamente con otros ensueños utópicos, como la autogestión y el retorno a la tierra y a la vida natural. Más allá de estos contextos ofrecidos, disponibles para interpretación de la crisis general que sacude al

desencantado mundo de Occidente, nuestra tarea puede ser la de entender a la cannabis también en un sentido histórico-político.

2

De modo que tal vez lo que nos toca en tanto que científicos, es poner paños fríos, y desprendernos de espectros y caricaturas, buscando la objetividad y un cierto compromiso en términos políticos. Tal vez, lo que nos cabe, es la tentativa de desarrollar un pensamiento/discurso integrador y general, capaz de abarcar fenómenos complejos, dejando en segundo plano la tiranía de los expertos. Tal vez, lo que conviene, es ver en cannabis un campo de disputas en movimiento, que podría ser organizado a partir de principios políticos previamente discernidos. Dicho de otra manera, inscribir el fenómeno de revalorización de cannabis, en corrientes o movimientos más integrales, como por ejemplo, el de la anti-psiquiatría, en cuyo mosaico encontramos gestos hasta cierto punto análogos: por ejemplo, en el desafío a esa forma de racionalidad científica sobre la cual se estructura la moderna industria farmacéutica.

3

Este es el debate que queremos proponer ahora: actualmente, las empresas de cannabis de la esfera anglo, que pretenden entrar en el mercado latinoamericano desde el ángulo medicinal, están decantándose por un discurso donde la ebriedad inducida por THC – considerada en otros contextos como algo sagrado – aparece como efecto adverso, o bien como dato marginal, a ser considerado apenas como anécdota. Esto, por una parte, cierra de momento el espacio que podría abrirse en torno a la cannabis, como agente relevante dentro del concierto de una posible medicina psicodélica, en que otras sustancias psicotrópicas de origen natural hasta ahora prohibidas, vienen siendo revalorizadas en tandem, por sus aplicaciones en psicoterapia y también en otras esferas de la medicina; nos referimos aquí a LSD, hongos psicodélicos, ayahuasca y otras por el estilo, conocidas también como entéogenas y que bien podrían, por historia y aplicación terapéutica, compartir un mismo espacio con cannabis como terapias complementarias de corte psicodélico.

No sólo la exploración del mercado medicinal por parte de las grandes empresas, de momento, no está tomando estos rumbos, marginando estas posibilidades, si no que además están realizando una apuesta científica y comercial, estructurada a partir de la teoría contemporánea sobre el sistema endocannabinoide, proponiendo productos que son extractos de la planta completa, es decir, extractos con alrededor de 1500 compuestos diferentes (y contando), dimensionados exclusivamente a partir de los contenidos de THC y CBD.

En este ámbito, a su vez, los detractores del cannabis en el mundo médico, no sólo continúan conceptualizando los efectos de ebriedad del THC como adversos y graves, a corto y a largo plazo (y en este sentido continúan en el terreno de la prohibición más clásica, donde el verdadero problema lo constituye la ebriedad), sino que además nos están tachando, a quienes usamos o recomendamos médicamente usar el extracto completo de la planta, como de anti-científicos, precisamente por estar recetando preparados con alrededor de 1500 moléculas, sin tener claridad exacta sobre cómo estos compuestos interactúan entre sí, en el organismo humano vivo. En Chile, los representantes del Colegio Médico y las Sociedades Médicas, especialmente Psiquiatras, Neurólogos y Anestesiólogos, han tomado activamente la iniciativa, tachándonos de supersticiosos y charlatanes, y diciendo que estamos llevando de vuelta la ciencia médica al siglo XII, al utilizar pócimas y recomendar potajes de composición y efectos desconocidos.

Esta ofensiva ha venido, además, respaldada por la aparición de sendos meta-análisis, que han venido a confirmar, en el ámbito de la así llamada “medicina basada en la evidencia”, que cannabis es apenas útil como elección de tercera línea en dos o tres patologías, lo que, primero que nada, contradice de manera flagrante los relatos de los propios pacientes usuarios de cannabis, y también miles de observaciones clínicas empíricas, fenomenológicas, cualitativas.

Grupos científicos, como el de la Universidad Hebrea de Jerusalem (cuna del concepto fito y endo cannabinoide), que irónicamente fueron los primeros en describir el efecto entourage o efecto de corte (según el cual los cannabinoides, en conjunto, tal como se presentan en la planta, potencian su efecto terapéutico sobre el organismo humano) indicando que, probablemente, el futuro más deseable es el de la fabricación de nuevos fármacos basados en cannabinoides aislados, o en pequeños grupos de cannabinoides, de acción bien conocida.

Sucede aquí que uno de los paradigmas dominantes de la medicina científica, se ve íntimamente desafiado por la emergencia de la cannabis como extracto completo, ya que todo el modelo de la farmacología moderna, se sustenta en la lógica de un ligando, un receptor y un efecto; así, por ejemplo, el fármaco que activa el receptor de serotonina, en el sistema nervioso central, produce un efecto de estimulación anímica.

¿Qué modelo de ciencia está en juego aquí, en el modelo clásico o moderno, de un ligando y un receptor? Primero que nada, se trata de un modelo positivista y, por lo mismo, radicalmente a-histórico.

Al razonar en contra del extracto completo, se está omitiendo la historia llena de fracasos del modelo aceptado (como el caso de la Talidomida, o aquél cannabinoide sintético lanzado al mercado como fármaco adelgazante, donde se ve que esta ciencia avanza por ensayo y error, observación empírica y construcción de teoría), olvidando, además, que se trata de teorías y no de verdades reveladas o inamovibles (aquí ref. al tema de la muerte de dios y su sustitución por una ciencia que traiciona a la humanidad). Porque, por ejemplo, jamás se ha podido medir el nivel de serotonina en un cerebro humano vivo. La historia de los fármacos psiquiátricos es la de una observación empírica por ensayo y error, donde la teoría vino después.

Luego, también es positivista cuando deja de lado siglos y hasta milenios de evidencia histórica (arqueología, antropología social y cultural, y otras ciencias no consideradas tan “duras”) respecto a los efectos terapéuticos de la cannabis, y cualquier noción de co-evolución planta/animal. Tampoco se razona en el sentido de aprender de lo que ha ocurrido con otras moléculas como los opiodes, donde hay una planta, un extracto completo de uso tradicional, y luego el uso de la morfina aislada, y todos sus derivados que actualmente están causando una epidemia para el manejo del dolor moral y físico en norteamérica / cannabis, amapola y coca fueron desde tiempos inmemoriales medios efectivos para paliar cualquier tipo de dolor

De modo que un razonar simplista y mecánico, incapaz de dar una mirada integradora que abarque la complejidad, de una ciencia al servicio del capital en la época moderna. Luego, está la crisis del pensamiento moderno, de la que hay que hacerse cargo - una época moderna en que la tecnociencia al servicio del capital, han conducido a la humanidad a una crisis de la civilización, y a un virtual colapso de los sistemas de regeneración planetaria, de aire, agua y tierra, con una dramática disminución de la biodiversidad

La cannabis, que deja de llamarse marihuana, para identificarse ahora con su nombre científico, como dejando atrás un pasado invertido, como aprestándose para pasar de una época en que mataba neuronas a una época en que, su extraordinaria combinación de alrededor de 1500 compuestos, y contando, funciona más bien como un neuroprotector, como lo sugieren múltiples evidencias, desde las investigaciones israelíes sobre injuria cerebral y endocannabinoides, hasta los resultados que clínicos y pacientes, están comunicando en enfermedades neurodegenerativas, como Parkinson, Alzheimer, epilepsias refractarias, y otras, como Esclerosis Lateral Amiotrófica; la cannabis viene a re-emergir precisamente en las coyunturas señaladas, de la que ella misma es la causa y el objeto, el agente vegetal vivo que los seres humanos han domesticado durante milenios con propósitos económicos muy bien definidos, como vehículo de ebriedad y medicina, y como fuente de fibras de primera calidad.

Entre las especialidades de la alopátia, la génesis de una nueva especialidad médica y/o la medicina complementaria; entre el enfoque reduccionista/mecanicista de la ciencia oficial, y el enfoque holístico en salud; entre el modelo farmacológico predominante, y las perspectivas que se abren en este plano para la construcción de una posible medicina psicodélica (con la posibilidad de incorporar una fenomenología de la conciencia, a los discursos de la ciencia médica oficial), la revalorización de la cannabis emerge en un cruce de caminos múltiples, donde empirismo y matemática, estadística y moral, se encuentran y divergen como en un caleidoscopio, por caminos insospechados, con potenciales consecuencias e impactos relevantes, para las diferentes esferas involucradas.

La reflexión propuesta aborda la tarea de identificar las derivas de la cannabis en el contexto del imaginario abierto por la crisis contemporánea de la modernidad, que se expresa en el ámbito de la salud (en las teorías que lo informan, y en las sensibilidades de médicos y enfermos) a través de las disyuntivas enumeradas más arriba.